

## “RERUM NOVARUM” EN LOS ESTADOS UNIDOS

POR

RUPERT J. EDERER (\*)

Aunque la cultura general de los Estados Unidos no es, ni nunca ha sido, predominantemente católica, no hay duda de que la primera encíclica papal dirigida al orden económico tuvo una cierta e indeterminada influencia en la estructura socio-económica americana. Tampoco ofrece mayor duda que, en los tiempos en que apareció la *Rerum novarum*, las sociedades anglosajonas de Gran Bretaña y Estados Unidos estaban alcanzando la cima de la clase de desarrollo liberal capitalista que la enseñanza pontificia, desde 1891, ha denunciado como contraria a la verdadera cultura cristiana. Ahora bien, dado que los principios esenciales propuestos por León XIII en *Rerum novarum* reflejaban la ley natural que rige a toda la humanidad, algunos no-católicos fueron sensibles a ellos también. De hecho, incluso muchos años antes de 1891, el hombre al que tantos consideraban como el más grande presidente americano, Abraham Lincoln, hacía esta afirmación: «El trabajo es anterior e independiente del capital. El capital es solamente el fruto del trabajo, y nunca podría existir si no existiera antes el trabajo. El trabajo es superior al capital y merece más alta consideración» (*Mensaje anual al Congreso*, 3 de diciembre de 1861).

No debe sorprender, por tanto, que algunas de las semillas de *Rerum novarum* cayeran en buena tierra, incluso en la cultura predominantemente protestante de los Estados Unidos, durante los años siguientes a su aparición. Más aún, la influencia católica tampoco fue despreciable, especialmente en las zonas preponderantemente industriales del noroeste del país. La inmigración irlandesa tuvo allí su impacto en el movimiento obrero creciente, desde el

---

(\*) Profesor Emérito de Economía (Estados Unidos).

sur de Boston hasta Filadelfia, en las regiones mineras de Pensilvania y al oeste de los centros del acero de Pittsburg y las ciudades de los Grandes Lagos. No estuvo completamente ausente de los cuerpos legislativos de los Estados e incluso del Congreso federal. Diversas leyes estaban ya empezando a aparecer en algunos estados para proteger a los obreros de abusos tales como los horarios excesivos, condiciones insalubres, la explotación de las mujeres y niños, etc. En cuanto al nivel federal, la *Clayton Anti-Trust Act*, de 1914, excluía las uniones de trabajadores de las previsiones de la *Sherman Anti-Trust Act* de 1890, la cual prohibía las asociaciones que limitaban la competencia. La *Sherman Act* había alcanzado más éxito contra los intentos de los trabajadores por impedir la competencia salarial que contra los esfuerzos de los patronos por refrenar los precios. Además, la *Clayton Act* comenzaba con una afirmación que reflejaba mucho del pensamiento de León XIII en *Rerum novarum*: «El trabajo de un ser humano no es un interés ni un artículo de comercio». Justo doce años después, el Congreso de los Estados Unidos aprobaba la primera ley protectora del derecho de los trabajadores a organizarse y a negociar con los empresarios los salarios y demás condiciones laborales. Sin embargo, aquella ley, la *Railway Labor Act* de 1926, todavía no se aplicaba más allá de la industria ferroviaria.

No fue hasta después del colapso general del viejo capitalismo liberal, durante los últimos veintes y primeros treintas, cuando se extendió a la mayoría de los otros trabajadores el derecho a organizarse en asociaciones. La ley que lo reconoció fue aprobada en 1935, y se le dio el nombre del inmigrante alemán, senador de Nueva York, Rober Wagner. Wagner se había convertido al catolicismo y estaba influido por la enseñanza social de León XIII y también por *Quadragesimo anno*, la encíclica con la que Pío XI conmemoró el cuarenta aniversario de *Rerum novarum*. Durante los años difíciles de la *Gran Depresión*, la *Wagner Act* y demás legislación social reflejó indudablemente la doctrina social de la Iglesia. Ese período también conoció el florecimiento de una generación de llamados *labor priests* (sacerdotes obreros), que estudiaban respetuosamente las encíclicas sociales y

enseñaban los principios contenidos en ellas a los trabajadores y a los estudiantes universitarios. Uno de los más influyentes personajes durante los años treinta fue el padre Charles E. Coughlin quien, a través de sus emisiones de radio dominicales a toda la nación, habló a los americanos de lo que León XIII y Pío XI proponían para restaurar el orden social.

Además, el período de los treinta, extendiéndose a los cuarenta y más adelante, fue uno en el que los católicos, aun representando una cierta minoría fortificada, tuvieron una sutil influencia sobre el pensamiento social de la nación. Por una ironía, esa influencia comenzó a disminuir durante los años siguientes a la elección del primer presidente católico del país, John F. Kennedy. La turbulencia especialmente inoportuna del posconcilio Vaticano II tuvo un gran impacto sobre el catolicismo y los católicos en los Estados Unidos. Los dividió, de modo tal que lo que ya constituía una minoría en el país fue severamente debilitada por la desunión en sus posiciones. La influencia del papado, a lo largo de su constante enseñanza social, disminuyó grandemente. Los *labor priests* se hicieron anacrónicos y desaparecieron gradualmente. Surgió otro tipo de clero influido menos por las enseñanzas pontificias que por el movimiento de nueva izquierda en los Estados Unidos y por la teología de la liberación en el extranjero. Estos clérigos comenzaron a dar a entender que el socialismo, en una forma u otra, era la onda del futuro. Otros católicos influyentes, normalmente de las clases más ricas, se unieron con las otras clases altas americanas, que tenían mucho que perder de una revolución socialista, en una reacción contra esta corriente izquierdista. Su pensamiento «conservador» los llevó hacia atrás, hacia el capitalismo liberal del libre mercado preleonino. Como los hombres de fortuna que atacaron a León XIII y a su suerte de pensamiento «radical» a finales de siglo, estos exponentes de lo que Pablo VI llamó una «renovación de la ideología liberal» (*Octogesima adveniens*, 35) sienten que las enseñanzas sociales pontificias de los papas no precisan ser tomadas en serio, ni siquiera por los católicos. A veces extraen incluso la consecuencia de que los papas, en estas materias, están fuera de su elemento, es decir, son

incompetentes. Con este modo de pensar también reaparece la antigua falacia americanista, esto es, el sentimiento de que América ha superado con creces las clases de condiciones sociales europeas a las que se han dirigido tradicionalmente las enseñanzas sociales de los papas.

Ahora, estos Estados Unidos «progresistas» han trazado un círculo completo desde el período siguiente a *Rerum novarum* y su influencia en la legislación y pensamiento sociales. Debe añadirse, sin embargo, que este cambio no es debido primariamente a las actitudes vistas entre los católicos americanos. A causa de la desunión de sus filas, son ahora menos influyentes que lo fueron anteriormente. Lo que hemos estado experimentando es un intento general y político de revivir el capitalismo liberal que motivó la primera encíclica social de León XIII. Los Estados Unidos han seguido un curso en el que una buena parte de la legislación previa proyectada para controlar la excesiva libertad en la vida económica, en sectores tales como la banca, los transportes o las condiciones laborales, ha sido abrogada o ha venido a quedar sin efecto. Esta orientación comenzó con la administración Carter, se intensificó durante los años de Reagan y continúa con el presidente George Bush. En consecuencia, la organización laboral es ahora más débil en los Estados Unidos que en los años veinte, tanto en términos de influencia como de números. También, el sistema bancario americano presenta contornos horribles, con quiebras de bancos sucediéndose una tras otra en una escala sin precedentes desde los años que acabaron en la *Gran Depresión*. Todo esto sigue a un período de codicia insaciable, reminiscencia de lo que León XIII dijo en 1891: «Disueltos en el pasado siglo los antiguos gremios de artesanos, sin ningún apoyo que viniera a llenar su vacío, desentendiéndose las instituciones públicas y las leyes de la religión de nuestros antepasados, el tiempo fue insensiblemente entregando a los obreros, aislados e indefensos, a la inhumanidad de los empresarios y a la desenfrenada codicia de los competidores. Hizo aumentar el mal la voraz usura, que, reiteradamente condenada por la autoridad de la Iglesia, es practicada, no obstante, por hombres codiciosos y avaros bajo una apa-

riencia distinta. Añádase a esto que no sólo la contratación del trabajo, sino también las relaciones comerciales de toda índole, se hallan sometidas al poder de unos pocos, hasta el punto de que un número sumamente reducido de opulentos y adinerados ha impuesto poco menos que el yugo de la esclavitud a un muchedumbre infinita de proletarios» (*Rerum novarum*, núm. 1).

El aforismo de George Santayana —«Los que no recuerdan el pasado están condenados a revivirlo»—, se afirma una vez más. Los que rechazaron la doctrina contenida en *Rerum novarum*, han sido condenados a volver a las inhumanas y caóticas condiciones que, hace un siglo, movieron a León XIII a dirigir una encíclica al mundo.

(Traducción de M. A. T.)

## DEL "DERECHO PUBLICO" CRISTIANO A LA "DOCTRINA SOCIAL" DE LA IGLESIA

POR

ANTONIO SEGURA FERNS(\*)

### Un poco de Filosofía de la Historia

La vida histórica es una «palingenesia» (Toynbee), sucesión de muerte y renacimiento en el tiempo: *muere* el niño y *renace* el joven; *muere* éste y *renace* el viejo tras la etapa del adulto: el viejo sí que muere definitivamente. Igual pasa con la sociedad humana. W. Jäger ha estudiado en su «Paideia» la sucesión de fases en la cultura griega desde el siglo VI a. de C. con Homero, hasta el siglo IV con Platón, mostrando cómo cada fase venía determinada por la «areté», la virtud determinante de la «paideia» o cultura que se establecía como ortodoxia pública en cada sitio.

(\*) Universidad de Sevilla.